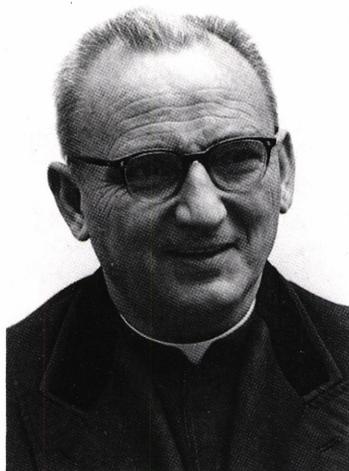


INSPECTORÍA SALESIANA  
NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED  
Casa Inspectorial  
BARCELONA



Queridos hermanos:

Con la esperanza de que Dios haya premiado sus méritos, os comunicamos el fallecimiento de nuestro querido y benemérito hermano

## VICENTE BALLESTER DOMINGO

sacerdote, acaecida el 14 de enero de 1984.

Como se nos recordaba en su funeral, «llamado por Dios para ser apóstol y luz entre los jóvenes», su vida fue un constante testimonio de correspondencia a esta vocación hasta que el Señor consideró oportuno coronar su última y larga enfermedad con la culminación de su *pascua* en el Reino.

Don Vicente Ballester nació en Valencia, el 23 de junio de 1902, alegrando el hogar de sus padres Francisco y Esperanza, profundamente cristiano.

En 1920 entra como alumno en el Colegio Salesiano de San Antonio, de la calle de Sagunto de Valencia, cuyo director era el inolvidable don Guillermo Viñas, quien le orientó y animó a seguir su vocación salesiana. De 1915 a 1919 hace el aspirantado en Campello. Sus compañeros de aquellos años lo ven ya como «un adolescente bueno, un aspirante modelo, un valenciano auténtico, miembro de la Compañía del Santísimo, y un gran artista en las tablas».

Emite su profesión religiosa en 1920, después de haber hecho el año de noviciado en Carabanchel Alto (Madrid), donde cursará también los dos años de Filosofía.

En 1922 recibe la primera obediencia de manos de don Marcelino Olaechea, entonces Inspector, siendo destinado al Colegio de Mataró con varios de sus compañeros: el hoy Monseñor Pintado, don Modesto Bellido y don Aradeo Burdeus. Durante cuatro años (1922-1926) dio clase a los pequeños y fue maestro de escena del Colegio. Don Basilio Bustillo, de cursos inferiores, pero compañero y testigo de los primeros pasos en el apostolado de don Vicente, lo recuerda, por aquellos años, de esta forma: «¡Qué labor la suya! Derramaba bondad con los chiquillos, lucía su arte en las tablas y entusiasmaba a todos con sus actuaciones magistrales en el campo educativo y su ejemplaridad religiosa, llena de espiritualidad.

Tal era su talla como actor, bien lo recuerdo, que don Marcelino, Inspector a la sazón, le hizo venir a Sarriá para representar con nosotros el papel de protagonista en *La oveja perdida*, de Timoneda. A mí me pareció, en aquella ocasión, aun más grande que cuando le conocí en Campello. Le veía más de cerca. Lo encontré sencillo, delicado de trato, humilde y cercano a nosotros.

Le vi artista. Y subrayaban su actuación el gran maestro de escena don Ángel Ramos y el propio Inspector.

A mí me convenció. Ya no cantaba como decían que había cantado antaño, pero declamaba de tal forma, que embelesaba: «Hay zagales, si habéis mientes, bajo de estos accidentes, el Viático de gentes y la gloria celestial...»

Humanamente hablando, me parecía aun más bueno que cuando yo le conocí. Le miraba religiosamente y se me antojaba superior. Le consideraba salesianamente y lo ponía como meta a conseguir».

Terminado su cuatrienio, va a estudiar la Teología a la Crocetta, de Turín. Y en 1930 es ordenado sacerdote.

Estrena sus primeros años de sacerdocio en el Colegio de Alcoy, con don Antonio Recasens de Director. Don Vicente cautivó, de verdad, a los muchachos alcoyanos. Más tarde, los superiores lo destinan a Gerona, como Catequista del Estudiantado Filosófico. Y allí le sorprende la guerra civil, el año 1936.

En compañía de varios estudiantes de Filosofía, entre ellos don Luis Vivar, pasa la frontera de Francia, no sin dificultades. «No he cesado de orar para que las cosas salieran bien», comentaría don Vicente. Y después de algunos días de permanencia en el Colegio Salesiano de Montpellier, pasó a Marsella, como encargado por los superiores de Turín para recibir y auxiliar, en los primeros momentos, a los salesianos españoles que lograban cruzar la frontera, haciendo de enlace, muchas veces, entre los hermanos de las dos zonas.

En 1937, don Vicente regresa a España, como secretario particular del entonces obispo de Pamplona, Monseñor Marcelino Olaechea. Permanecerá a su lado hasta acabar la guerra. Los 84 folios poligrafiados *Don Marcelino Olaechea y Loizaga: recuerdos de los años pasados en convivencia con él*, son un testimonio de los vivos recuerdos de esos años cruciales y del amor sincero que profesaba a don Marcelino. Acabada la contienda nacional, en 1939, don Vicente se reintegra a la vida ordinaria de nuestras comunidades.

La Inspectoría de Barcelona había fundado durante la guerra una nueva casa en Azcoitia. Era su Director don Antonio Recasens. ¿Quién mejor que don Vicente para sucederle? Y al frente de la escuela Floreaga de Azcoitia y como animador de la Comunidad Salesiana estuvo durante seis años, fecundos en muchas y buenas vocaciones, tanto para los Salesianos como para las Hijas de María Auxiliadora.

De 1944 a 1953 la obediencia religiosa lo sitúa en Burriana, primero como *incaricato* y después como Director. Fueron unos años duros, sobre todo en el orden económico y escolar. Los superiores estaban pensando en vender el Colegio, por falta de alumnado; pero, al cabo de unos años, un 24 de mayo, se pone la primera piedra de la ampliación del mismo, con un nuevo pabellón para internado. Y termina la iglesia, que embelleció con el cuadro de María Auxiliadora, de Lorenzone, que de su propia mano pintó al fresco en el ábside del templo.

Quienes vivieron con él de clérigos, durante esos años, los recuerdan como años de crisis económica, de gran pobreza, pero vividos con alegría y entrega generosa al servicio de los jóvenes. «Y yo creo que este gozo en la entrega a la misión se lo debíamos a don Vicente, que era un padre bueno, que se preocupaba por nosotros y nos atendía con mucho cariño. Había días que le veíamos muy preocupado y, nosotros, los clérigos, nos acercábamos confiados a él para alegrarle. Nos comprendía y estaba a nuestro lado. Nos exigía con su ejemplo el cumplimiento de nuestras prácticas de piedad. Y siempre su exigencia iba acompañada de bondad».

De 1954 a 1957 es destinado a fundar la Casa Salesiana de Ripoll (Gerona). Se trataba de un mundo nuevo para él. Pero supo encarnarse en Ripoll, con sus gentes y su historia. Dio vida al Colegio naciente e inició la expansión de la vida salesiana en la ciudad y en la región, gracias siempre a su exquisita bondad y a su ejemplaridad de hijo de Don Bosco.

De 1957 a 1963 lo encontramos en Arbós del Penedés (Tarragona) como Director y Padre Maestro. Dio muestras de su paternal bondad con los novi-

cios, sus hijos espirituales; estableció con ellos una relación de cercanía y amistad y los acogía con sencillez. De sus manos salieron unos jóvenes salesianos impregnados de bondad y entusiasmo.

Apasionado por el arte, llenó la casa de pinturas. Y los novicios, casi a porfía, en los ratos de ocio, dejaron plasmada su espiritualidad en trabajos aceptables por su línea y color. Todavía se conservan algunos, en los que se adivina su mano de artista: reproducciones de *la Cena*, de Juan de Juanes, y el *San Bruno*, de Ribera, colocado al pie de la escalera, recordando a los novicios y a los que llegaban a la Casa que el silencio era cosa importante en el noviciado y había que respetarlo.

Como amante de la naturaleza, cada jueves compartía alegremente los paseos con los novicios. Todos los alrededores de Arbós fueron objeto de esos amenos recorridos.

Además, llegó a ser el «hombre de Dios» en la zona: sacerdotes y religiosos, almas buenas de toda clase y condición acudían a él en busca de luz y consejo, impresionados por la alegría y la piedad salesianas, en él personificadas.

El año 1963 empezaba la última etapa de su vida activa en la Casa Inspectorial de Sarriá: primero como Delegado Inspectorial de Cooperadores y Antiguos Alumnos; después, como Vicario y, finalmente, como Secretario Inspectorial. En ella transcurrió los últimos trece años de su vida activa (1963-1976).

«Al tenerle como Secretario —dice uno de sus Inspectores— vi su voluntad de cumplir lo mandado, pero ya sus dotes físicas y su agilidad mental habían disminuido bastante. Defendía, como podía, al Inspector de posibles impertinencias; redactaba con su maravillosa caligrafía las actas y documentos que se le encargaban; mantenía la correspondencia y el archivo al día; se prestaba al servicio de capellanías y de la Parroquia en el altar, en el confesonario y en la administración de los sacramentos, y cumplía con fidelidad sus prácticas de piedad comunitarias».

Al aumentar sus achaques, en 1976 acepta su paso a la vida retirada, primero en la Casa Inspectorial y, luego, en la Residencia Nuestra Señora de la Merced de Martí-Codolar. Estos años supusieron un largo purgatorio para un hombre de tal vitalidad, pues quedó prácticamente apagado, hasta el extremo de no poder seguir ni siquiera una conversación. No obstante, rezaba con viveza en común el rosario cada tarde, prueba de su tierno amor a María Auxiliadora, de la que fue entusiasta propagandista y predicador toda su vida.

Lo que él tanto temía se hizo realidad: pasó sus últimos años clavado en un sillón de ruedas. Como una roca, aceptó inmutable sus dolores. Era el final del hombre bueno que había sido don Vicente, a lo largo de su vida.

Podemos sintetizar la biografía y las cualidades de nuestro hermano con estos trazos:

### **Un hombre bueno**

A don Vicente se le recuerda como un hombre bueno y sencillo. Un hermano lo definía: «Era la conjunción plena del hombre bueno, artista y entusiasta». Los que fueron novicios durante sus años de Padre Maestro, en Arbós del Penedés, hablan de él como un «hombre de una bondad exquisita, un hombre sencillo y acogedor, que sabía crear cercanía y amistad.

»Bueno de niño, y bueno y sencillo, de clérigo; exquisitamente bueno de joven sacerdote, de Director y de Padre Maestro; bueno en Sarriá junto al Ins-

pector durante muchos años: obediente, prudente, humilde, atento, delicado. Sabía ver siempre la parte buena de todos y de todo. Bueno por naturaleza y bueno por voluntad de serlo».

### **Un artista**

Don Vicente Ballester era un artista, que llevaba siempre en el alma todo el colorido de la hermosa tierra valenciana que le vio nacer.

Artista, desde niño, en las tablas, y de sacerdote, en el púlpito y en el confesonario. «De su corazón salía la palabra florida hasta sus labios; una palabra encantadora para declamar, para predicar, para enseñar, para cautivar; y saltaban los colores a sus manos cuando, con sensibilidad exquisita, trazaba pinceladas a lo Sorolla, llenas de luz, sobre telones de teatro o sobre cuadros de María Auxiliadora, en la iglesia de Burriana».

### **Un buen salesiano**

Don Vicente fue un «hombre de Dios», observante de sus compromisos religiosos y muy riguroso consigo mismo: fue un hombre asceta, mortificado y piadoso, en el estilo de espiritualidad y de piedad en que fue formado.

Fue un gran entusiasta de todo lo salesiano, amante y animador de las devociones salesianas, y en especial de la de María Auxiliadora. Tenía un gran amor a la Congregación y sus tradiciones, y un enorme aprecio a los Superiores. Así lo atestigua don Modesto Bellido, condiscípulo suyo desde el aspirantado hasta la ordenación sacerdotal y, después, también Superior: «Siempre admiré en él un amor muy grande a la Congregación y una delicadeza extraordinaria para con los Superiores».

Don Vicente fue un gran animador de las vocaciones salesianas. Nombra con gran veneración a los grandes salesianos que conocieron a Don Bosco. Y Don Bosco era su punto de referencia, tanto en sus criterios personales como en sus actuaciones.

Así, pues, la vida religiosa de don Vicente Ballester se nos presenta como testimonio de fidelidad a los valores salesianos y de realización de un proyecto de vida religiosa, hecho realidad a lo largo de su historia salesiana.

Un mes más tarde de su fallecimiento, el 13 de febrero, la Inspectoría de Nuestra Señora de la Merced, de Barcelona, celebraba los 100 años de su presencia y misión en nuestra ciudad y en nuestras tierras. Don Vicente, con sus 81 años de edad, 61 de vida salesiana y su fidelidad a su misión, como hijo de Don Bosco, ha sido uno de los grandes eslabones del primer centenario de la Congregación en la Inspectoría. Su muerte nos ofrece ahora el mensaje de su *pascua*, de su paso a la Casa del Padre. A los que todavía seguimos intentando realizar ese proyecto personal, su recuerdo nos une en la «caridad que no acaba» con él y con quienes ya descansan en Cristo.

Un saludo cordial de la

COMUNIDAD DE LA CASA INSPECTORIAL

### **DATOS PARA EL NECROLOGIO**

*Sacerdote VICENTE BALLESTER DOMINGO. Nació en Valencia, el 23 de junio de 1902. Falleció en Barcelona, el 14 de enero de 1984, a los 81 años de edad y 61 de profesión religiosa.*